

MANUEL ALBALADEJO VIVERO (Freiburg)

Los extremos de Europa en la obra de Píndaro y de Heródoto*

Dentro de la producción literaria conocida de Píndaro se encuentra una serie de llamativas y curiosas referencias tanto a la zona meridional de la península Ibérica — la cual, ocupaba dentro del escenario geográfico griego el extremo occidental de la ecumene — como al remoto e inaccesible país de los hiperbóreos — que, por su parte, se encontraba en las regiones septentrionales del área euroasiática.

Por lo que respecta a las primeras, conviene señalar que se centran en torno a las Columnas de Heracles, esto es, el concepto acuñado dentro del imaginario heleno a fin de designar el área del estrecho de Gibraltar que, junto con la ciudad de Gadeira — la actual Cádiz —, constituían las tierras más situadas al oeste de entre todas las conocidas por los griegos merced a sus continuas navegaciones a lo largo del mar Mediterráneo. A continuación de Tartesos — término con el que igualmente se designaba a dicha región —, se abría el misterioso Océano, una inmensa extensión marina que inspiraba a los helenos un atávico sentimiento de terror, ya que creían que estaba plagado de todo tipo de seres monstruosos que su mitología había ido desplazando precisamente hacia occidente, tal y como había sucedido con el mito de Gerión, el ser tricéfalo que pastoreaba sus ganados en la isla Eritía, en las cercanías de la entrada al reino subterráneo y de ultratumba del dios Hades.¹

Volviendo a Píndaro, hay que destacar que se trata de uno de los primeros autores que realizó una mención explícita a las Columnas de Heracles,² un término topográfico que fue empleado durante toda la Antigüedad y que, por tanto, contó con una gran aceptación por parte de numerosos geógrafos griegos y romanos a la hora de delinear el espacio correspondiente al extremo meridional de la península Ibérica³ y septentrional de África.

* La publicación de este artículo se enmarca dentro de un proyecto de investigación postdoctoral en el extranjero financiado por la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia del Reino de España. Aprovechamos la ocasión para expresar de nuevo nuestra gratitud al Prof. Dr. Hans-Joachim Gehrke.

¹ Para conocer este mito son de gran utilidad las siguientes obras, J. M. Blázquez Martínez, *Gerión y otros mitos griegos en Occidente*, *Gerión* 1, 1983, 21–38; A. García y Bellido, *Hispania Graeca I*, Barcelona 1948, 92–96; J. Maluquer de Motes, *Tartessos y sus problemas*, en: *V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona 1969, 389–406; D. Page, *Stesichorus: The Geryoneis*, *JHS* 93, 1973, 138–154.

² El primero desde el punto de vista cronológico fue el logógrafo jonio Hecateo de Mileto. *FGrH* 1 F39 y 41.

³ G. Amiotti, *Le Colonne d'Ercole e i limiti dell'ecumene*, en: M. Sordi (ed.), *Il confine nel mondo classico*, Milán 1987, 13–20; A. Domínguez Monedero, *Píndaro y las Columnas de Heracles*, en: E. Ripoll Perelló (ed.), *Actas del Congreso Internacional El estrecho de Gibraltar I*, Madrid 1988, 711–724; R. López Melero, *El mito de las Columnas de Hércules y el estrecho de Gibraltar*, en: *ibid.* 615–642; T. Cole, *Pindar's feasts or the music of power*, Roma 1992, 121.

Por otra parte, Píndaro recogió diversas referencias poéticas a la, por entonces, ya antigua concepción griega acerca de los límites de la eumene, entendidos como los últimos territorios conocidos y consiguientemente „ordenados“, frente al inmenso espacio frío y oscuro que se abre al traspasar las Columnas de Heracles.

Así, en la tercera Nemea,⁴ Píndaro celebra la victoria de Aristocles de Egina en la competición de pancracio recordándole al protagonista que no podía ser continuada una travesía por mar más allá de las Columnas impuestas por Heracles a modo de testimonio del punto más lejano alcanzado en sus viajes por Occidente.

El sentido que tiene este pasaje es, fundamentalmente, moralizador; Píndaro entona un epinicio para cantar la gloria de un joven aristócrata que ha triunfado en una de las grandes competiciones de Grecia, todo ello en absoluta consonancia con la mentalidad arcaica que el poeta beocio defendía en un momento histórico en que el aristocratismo abandonaba gran parte del terreno que anteriormente había ocupado en beneficio de nuevas corrientes éticas y políticas. No obstante, nuestro autor no había perdido por completo el tren de los tiempos y también fue capaz de innovar recogiendo, de este modo, un aspecto bien conocido de la religión delífrica: el atleta tenía que ser lo suficientemente sabio como para reconocer los límites de sus fuerzas y habilidades; así como debía ser capaz de contenerse dentro de su naturaleza humana porque, en caso de que la transgrediera imitando a un héroe o incluso a un dios, incurriría de manera inevitable en *víbris*, una circunstancia que, a buen seguro, le supondría un severo e implacable castigo por parte de la divinidad.⁵

Píndaro, dentro del contexto moralizante de las ideas religiosas que defendía, enlaza de forma poética su llamamiento a la mesura que debe ostentar el joven Aristocles con la idea del mantenimiento dentro de los límites del Mediterráneo, unos límites que tan sólo habían sido superados por Heracles, el héroe civilizador por excelencia, además del único que pudo regresar con éxito de un periplo por el Océano exterior, lo que constituía una hazaña considerable tras la cual erigió dos columnas que operaban a modo de advertencia para los futuros navegantes, así como de extremo para el conocimiento geográfico humano.⁶

De tal modo, podemos contemplar cómo en esta primera referencia, Píndaro tuvo la audacia de asimilar el conjunto de temores e incertidumbres que los griegos asimilaban a la idea de transgresión del estrecho que daba paso al insondable Océano — marcado por la erección de las Columnas — con la advertencia de tipo moral realizada a un joven noble con objeto de prevenirle de los peligros que acarrearía la ruptura de su rígido código ético y moral.

⁴ Pínd. N. III, 19—27: *αὶ δ' ἔβαν κατάς ἐπέδων τ' ἐόνικτρα μοροῦ/ἀνοπέαν ὑπερίτραν ἐτέβη/πείς Ἀριστοκλέους/οἰκῆτι πρόπον/ἀβήταν ἄτα κίωνων ἵτερον Ἡρακλέος περὶν εὐλαπέας/ἦπος θεός ἄς ἔθηκεν ναυρηγίας ἐσγύρατ/μύτροπος κούρης/δύαυρε δὲ θήπος ἐν ῥαδάτῃ/ὑπερόπος, ἰόγῃ τ' ἐπέδωκε τερνυέων/πόδῃ, ὄντῃ νότυριον κερτίβανε νότρον τέλοος/καὶ γὰρ ἐφόδουε. θουέ, τίνα ῥῆος ἄλλοδούρατ/ἀκρον ἐβὼν ῥάδων ῥαυρηγίαν.*

⁵ C. M. Bowra, *Pindar*, Oxford 1964, 190, expresó esta idea de manera excelente al señalar que: „His doctrine is simply that, if men get as far as possible with their human gifts, they must be content with it, and after all it is a very great deal“. Otros comentarios a tener en cuenta son los de S. Anstase, *Apollon dans Pindare*, Atenas 1975, 40; Domínguez Monedero (n. 3) 714—721; J. S. Romm, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, 17.

⁶ Un proceso explicado en L. Lacroix, *Héracles, héros voyageur et civilisateur*, BAB 60, 1974, 34—59.

En el verso 69 de la cuarta Nemea, Píndaro recoge una imagen similar a la que acabamos de comentar aunque, eso sí, este pasaje contiene un interesante matiz que lo diferencia del anterior: el poeta lleva a cabo la primera mención a la ciudad de Gadeira que se conoce en toda la literatura griega.

En concreto, Píndaro realiza una nueva admonición, referida al peligro que entraña navegar al oeste de Cádiz, por lo que exhorta a un imaginario marinero a regresar a Europa. Este epinicio fue compuesto en honor de Timarco, vencedor en la competición de pugilato y, en su parte central, el autor llevó a cabo una evocación a la historia de Peleo y los diversos peligros y trampas que tuvo que sortear antes de desposarse con la diosa marina Tetis. En ese momento, el poeta interrumpe su narración puesto que le resulta inviable referir toda la historia de los Eácidas y debe dar marcha atrás.

Dicha vuelta sobre sus pasos es precisamente la idea que Píndaro desea reflejar cuando menciona la imposibilidad de viajar más allá de Gadeira; de nuevo, tenemos la imagen del inmenso y desconocido Océano dentro de una concepción griega del mundo que, en definitiva, no sabía distinguir con precisión cuáles eran los elementos topográficos que marcaban el límite occidental del mar Mediterráneo.⁷ En la tercera Nemea éstos consistían en las Columnas de Heracles — independientemente de su correlación efectiva con el estrecho de Gibraltar, que no aparece clara en ningún pasaje de la obra del beocio —, mientras que en la cuarta de la misma serie, el límite aparece representado por la ciudad de Gadeira, situada al oeste de Gibraltar pero que desde varios siglos antes había sido constituida como una plaza fenicia desde la cual se exportaba al Mediterráneo oriental una serie de metales altamente codiciados tanto por los propios fenicios como por los griegos.

Por tanto, de la mención al territorio meridional de la península recogida en la cuarta Nemea, obtenemos la primera referencia a Cádiz en las fuentes griegas además de la constatación de que Píndaro — a pesar de haber viajado por las ciudades griegas de Sicilia — no podía precisar con exactitud el punto donde se abría el Mediterráneo para dar lugar a la siniestra e inexplorada extensión de agua perteneciente al Océano.

Una nueva referencia a las Columnas de Heracles está presente en la cuarta Ístmica,⁸ donde el autor canta el doble triunfo de Meliso de Tebas celebrando la fama que goza la

⁷ Precisamente, el historiador alemán Adolf Schulten se valió ante todo de las referencias de Píndaro al sentido moral que encerraba la idea de la imposibilidad de navegar más allá de las Columnas para formular su conocida teoría referente al supuesto cierre del estrecho de Gibraltar por parte de los cartagineses entre los años 520 y 509 a. C. a raíz de la situación resultante en el Mediterráneo occidental tras la batalla de Alala — hacia el 535 a. C. Valga recalcar una vez más la escasez de pruebas válidas para sostener dicha tesis, sobre todo si tenemos en cuenta el plano literario-simbólico en que se desarrolla la obra de Píndaro quien, además y como era de esperar, no tenía ningún interés específico en conocer la estricta realidad geográfica de la península Ibérica. A. Schulten, *Tartessos*, Madrid 1945, 123—135; id., *Geografía y etnografía antiguas de la península Ibérica I*, Madrid 1959, 86. Dicha hipótesis ha sido rechazada, entre otros, por A. Blanco Freguero, *El problema de Tartessos*, en: *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1964, 587—589; J. Alvar Esquertero, *Tharson, rex Hispaniae Citerionis* (Mar. Sat. I, 20, 12), *Gerión* 4, 1986, 161—175; Domínguez Monedero (n. 3) 721—723; J. de Hoz, *Las fuentes escritas sobre Tartessos*, en: M. E. Aubert (ed.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell 1989, 31.

⁸ Pínd. I. IV, 11—14: *δαίτρον δόξας, ἐπέωσαν κατά πᾶν τέλοος ἀνοπέαν δ' ἐσγύρατῃν/οἰκοῦν στίδατον ἄτρον/Ἡρακλείαν/καὶ μύκῆτι μακροτέρων στίδατον ἀπέρῃν/ἱμροπόπον τ' ἐβέωτρον*. Acerca del significado del adjetivo *ἐσγύρατῃν* en este contexto, R. F. Renihan, *Conscious ambiguities in Pindar and Bacchylides*, *GRBS* 10, 1969, 224 y 225; En cuanto al significado de este epinicio, R. A. McNeil, *Structure and Metaphor in Pindar's Fourth Isthmian*, *QUCC* 28, 1978, 135—156, especialmente 144—146 y G. A. Privitera, *Pindaro. Le Istmiche*, Milán 1992, 53—59, 172—187.

estirpe de Cleonimo, a la que pertenecía el homenajeado. Dicha gloria, según Píndaro, alcanzaba desde su propia casa hasta las Columnas. En este caso, lo que el autor deseaba manifestar consistía en el hecho de que el renombre de Meliso abarcaba toda la eumene, desde la ciudad de Tebas, en el Mediterráneo oriental, hasta las Columnas de Heracles al occidente, de modo que a este personaje no le cabía aspirar a una mayor gloria.

En este pasaje se puede apreciar cómo Píndaro empleó el tema de las Columnas una vez más como punto extremo del conocimiento geográfico e incluso de la condición humana, ya que el espacio que pudiera existir al superarnos en la navegación estaba vedado a la experiencia de los hombres; sólo un dios o una figura como Heracles se hallaban capacitados para viajar al más allá y regresar con éxito de su expedición, lo que conllevaba la certeza de que si algún ser humano poco precavido hubiese tenido el atrevimiento de cruzar al otro lado, su *ýbris* habría sido puntualmente castigada.⁹

La idea de que el espacio ordenado y, por tanto, "humano" se desvanecía al marchar a través de las Columnas al Occidente también encontró acomodo en la tercera Olímpica, en la cual nuestro autor volvió a mencionarnos con ocasión de la victoria de Terón de Acragante en los Juegos del año 476 a. C.¹⁰

En la presente obra, dicha referencia se encuentra al final del texto, cuando Píndaro vuelve a emplear la fórmula de cantar las gestas del vencedor considerando la fama que surge desde su propia casa hasta el último límite de occidente. En su opinión, el hecho de dejar atrás las Columnas en el transcurso de una navegación sería imposible tanto para los sabios como para los ignorantes.

Curosamente, dentro de este tercera Olímpica, Píndaro recogió una original versión de uno de los doce trabajos que el rey Euristeo había impuesto a Heracles, se trata de la captura de la cierva cerentia, episodio que nuestro autor ubicó dentro de los límites septentrionales de Europa. En concreto, hizo referencia a la tierra surcada por el río Istro, así como a la región que estaba más allá del lugar de origen del frío viento Bóreas, es decir, el país de los hiperbóreos.

Dichas gentes constituían un pueblo fabuloso que, según la geografía mítica griega, habitaba en las regiones más nórdicas del continente europeo protegido de los rigores climáticos reinantes en aquellas áreas gracias al abrigo que les ofrecían los montes Rípeos.¹¹

Curosamente, tal cordillera no fue mencionada por Píndaro en ninguno de los epinicios donde aparecen los hiperbóreos; más bien, el beocio ubicó el país de los hiperbóreos en las proximidades de las fuentes del río Istro¹² — el actual Danubio — y este dato aparece suficientemente clarificado si lo ponemos en relación con el hecho de que

9 Una opinión similar es la mantenida por J. Pétion, *Les images maritimes de Pindare*, Paris 1974, 72–84, quien aprecia en estas menciones: „deux aspects complémentaires de la sagesse de Pindare: aspirer à la gloire et au bonheur, mais aussi prendre conscience de leurs limites”.

10 Pínd. O. III, 43–45: *vñv δὲ τῆς ἐξοχῆς/ὀψῆος ἀπειρητὴν ἰκάνων ἄρτετρα οἰκοῦσιν Ἡρακλέος/στράδαν τὸ πόρος δ' ἐστὶ κορυφῆς ἄψιτρον κἀόροπος, οὐ' ἔτι δὲ ἰσθμῶν κενὸς εἴη*.

11 Una cadena montañosa de carácter igualmente fabuloso que aparece citada por vez primera en el poeta espartano Alcmán, fr. 90 Page. Dada su naturaleza literaria, creemos que carece de sentido identificarla con los montes Urales o con cualquier otro accidente orográfico de la actual Rusia.

12 Pínd. O. III, 14. Asimismo, el trágico Esquilo — contemporáneo del beocio — relacionó la región hiperbórea con la zona donde nació el Istro, Aischyl. Prom. fr. 197 Radt.

tan sólo unas décadas más tarde de ser compuesta la tercera Olímpica, Heródoto de Halicarnaso llegó a afirmar que el curso del Istro comenzaba dentro del país de los celtas.¹³

Continuando con las referencias de Píndaro acerca de la región habitada por los hiperbóreos, habría que destacar el carácter sombrío y misterioso de la misma, propio de una zona mal conocida por los viajeros griegos, tal y como sucedía con toda la franja que abarcaba desde la Céltica hasta las llanuras de la actual Rusia.

Junto a la indefinición respecto a la situación precisa de este pueblo legendario, surge en otro epinico de nuestro autor una llamativa mención a la imposibilidad que tiene un mortal de alcanzar la tierra de los hiperbóreos, ya sea por mar — se refiere al Océano exterior en su curso septentrional — o bien por tierra.¹⁴ Aquí nos encontramos con una nueva referencia pindárica a los límites de la eumene. En este caso, el poeta parece transmitir la impresión de que los hiperbóreos viven en algún lugar ubicado más allá del mundo habitado y, contemplada esta circunstancia de manera superficial, se podría afirmar que el espacio concedido en la tradición mítica griega al país hiperbóreo sería similar al existente una vez eran atravesadas las Columnas de Heracles, las cuales, como se ha señalado anteriormente, marchaban la frontera entre, por un lado, el mundo conocido y habitable y, por otro, el ámbito de lo ignoto y siniestro.

A pesar de tal semejanza, la particularidad que presentan los hiperbóreos los hace diferir considerablemente de las connotaciones negativas que suponía una navegación hacia el occidente de las Columnas.

Así, se puede ver cómo en la tercera Olímpica, Heracles trata de dar caza a la cierva cerentia y la persigue rebasando las regiones en las que sopla el frío Bóreas, donde el héroe se queda sorprendido ante la frondosidad y exuberancia de los olivos, que marcan un fuerte contraste con la falta de vegetación reinante a orillas del río Alfeo, en el Peloponeso, lugar elegido por el propio Heracles para instituir los Juegos Olímpicos como escenario para la confrontación y la consiguiente gloria o fracaso de la aristocracia de toda la Hélade.¹⁵

13 Hdt. IV, 49, si bien en II, 33, había relatado que el Istro nacia en la ciudad de Pirene, situada en „el país de los celtas y, en su curso, divide Europa por la mitad”. Sobre estas cuestiones, R. Dion, *Aspects politiques de la géographie antique*, Paris 1977, 263; F. Fischer, *Die Kelten bei Herodot. Bemerkungen zu einigen geographischen und ethnographischen Problemen*, MDAL(N) 13, 1972, 109–124; L. Parson, *Herodotus on the Source of the Danube*, CPH 29, 1934, 328–337.

14 Pínd. P. X, 29–30: *vαυοὶ δ' ὄβριε πειθῶς τὸν <κεν> εἰσοῦσι/ἔς Ὑπερβορέων τρυφῶν θναυοῦσιν ὄδον*. Aquí se recoge, una vez más el conocido tema de la imposibilidad de acceso que tienen los simples mortales a las zonas extremas del mundo. Píndaro advierte a su público que la tierra de los hiperbóreos se encuentra vetada al ser humano por más que éste se esfuerce en alcanzarla.

15 En cambio, en la misma décima Pítica se señala la estancia de Perseo entre los hiperbóreos; dicho héroe fue capaz de acabar con la vida de la Gorgona en el extremo occidental del mundo. Esto significa que, al igual que ocurre con Heracles persiguiendo a la cierva cerentia, Perseo supera los límites que le han sido impuestos al ser humano y es capaz de llegar a las más lejanas y peligrosas regiones. C. P. Segal, *God and Man in Pindar's First and Third Olympian Odes*, HSPH 68, 1964, 211–267. Según la opinión, rechazada en la actualidad, de U. von Wilamowitz-Moellendorf, Píndaros, Berlin 3, 1966, 126, Perseo habría llegado por los artes al país de los hiperbóreos.

16 Para conocer la estructura y el contenido de la tercera Olímpica son imprescindibles Segal (n. 14) 211–267; A. Köhnken, *Mythical Chronology and Thematic Coherence in Pindar's Third Olympian Ode*, HSPH 87, 1983, 49–63; S. C. Shelmerdine, *Pindaric Poets and the Third Olympian*, HSPH 91, 1987, 65–81, así como E. Robbins, *Heracles: the Hydretboreans, and the Hinds*, *Pindar. OI. 3*, Phoenix 36, 1982, 295–305.

De este modo, el pueblo que habitaba en el extremo septentrional del mundo ostanta dentro de la obra de Píndaro un papel altamente beneficioso para los mismos griegos, puesto que Heracles consiguió persuadir a los hiperbóreos a fin de que le hicieran entrega de unas estacas de olivo que él llevaría en persona al recinto del Altiis para procurar una eficaz sombra tanto a los atletas como al público que asista a las competiciones olímpicas.¹⁶

Además, no hay que olvidar que la corona realizada con hojas de olivo consistía en uno de los mayores honores a los que podía aspirar un miembro de la Hélade puesto que simbolizaba el triunfo logrado en el festival atlético y religioso con el que se honraba a Zeus; de manera que Píndaro adscribió voluntariamente a un remoto y fantástico pueblo como el hiperbóreo el origen de un elemento trascendental dentro de la visión del mundo compartida por los miembros de las aristocracias griegas. Gracias a la benevolencia y al despendimiento de los hiperbóreos, el olivo pudo crecer en el Peloponeso para dar sombra y mitigar el calor en Olimpia y, lo que es más importante, con sus hojas se pudo confeccionar el trofeo que distinguía a los atletas más capacitados.¹⁷

Otro aspecto digno de ser mencionado dentro de la caracterización etnográfica atribuida por Píndaro a los hiperbóreos consiste en la estrecha relación que éstos mantenían con el dios Apolo.

Este dato no debe extrañar demasiado puesto que contamos con diversos testimonios dentro de la literatura griega que muestran la predilección sentida por los dioses helenos hacia los pueblos que habitaban en los confines de la ecumene.¹⁸

En el caso que nos ocupa, debemos acudir a los escasos fragmentos conservados de un peán compuesto por nuestro autor en los que se narra la historia de los cuatro templos construidos sucesivamente en Delfos en honor a Apolo: según el poeta, el mismo dios envió a los hiperbóreos el segundo en orden cronológico de aquellos,¹⁹ hemos de suponer como contrapartida a su piedad y devoción.

A esto habría que añadir las referencias que se encuentran en la décima Pítica acerca de un tema que gozaría de cierto éxito en la posterior literatura etnográfica helena: la

¹⁶ Una constante en la obra de Píndaro consiste en asociar a Heracles con la vida y la fertilidad. Segal (n. 14) 229. Sobre el valor que entrañaba un premio tan aparentemente pobre como la corona de olivo en la mentalidad del poeta, Bowra (n. 5) 302 y 303.

¹⁷ T. K. Hubbard, *The Pindaric Mind. A Study of Logical Structure in Early Greek Poetry*, Leiden 1985, 18, considera que, en este punto, Píndaro establece un paralelismo entre, por un lado, la innovación que aporta Heracles al instaurar el festival de Olimpia con la rama de olivo como trofeo y, por otro, su propia función como poeta que describe una nueva manera de celebrar una victoria mediante el canto al triunfador.

¹⁸ El más llamativo de todos es probablemente el de los etíopes, que incluso realizaban banquetes en compañía de los dioses. Hom. *I.*, 423—424; XXIII, 206; Od. *I.*, 23; *V.*, 282 y 287. B. Maclachlan, *Feasting with Ethiopians. Life on the Fringe*, QUCC 40, 1992, 15—33.

¹⁹ Pínd. *Paeans VIII* = fr. 52i. Mucho tiempo después, Pausanias tomó sin duda como referencia la obra del bocio para narrar dicha edificación consecutiva de templos, *Paus.* X, 5, 9—13. Por cierto, en el relato se dice que el segundo de los mismos fue construido por las abejas a base de cera y alas. Von Wilamowitz-Moellendorf (n. 14) 76.

²⁰ Sobre la relación entre Apolo y los hiperbóreos, T. Zielinski, *Apollon bei den Hyperboreern* (au Pínd. *Pyth. X*), *RhM* 38, 1883, 625—627; W. Burkert, *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche*, Stuttgart 1977, 230—231 y L. R. Farnell, *The Cults of the Greek States IV*, Nueva York 1977 (= Oxford 1907), 98—111, recogen algunas interesantes teorías, aunque la más acertada nos parece la expuesta por Anastase (n. 5) 29, quien señaló que el país de los hiperbóreos, al ubicarse más allá del lugar donde se origina el río Bóreas, no conoce los rigores invernales y se supone está siempre iluminado por la luz solar, lo que explica que fuese el lugar preferido por Apolo — para residir durante la época del año en que el río azotaba Grecia.

continua celebración de banquetes y sacrificios a los dioses con que los hiperbóreos jalonaban una existencia feliz y dichosa en uno de los extremos del mundo.²¹

Con posterioridad a Píndaro, surgió como un hito destacable para el proceso de definición y delimitación de las áreas extremas de Europa la Historia de Heródoto de Halicarnaso, quien incluyó dentro de la misma diversas referencias tanto a la península Ibérica como a los hiperbóreos; en ambos casos presentó hechos novedosos al igual que opiniones discrepantes hacia una tradición geográfica que él supo recoger y transformar de una manera muy personal.

Por lo que respecta a las noticias que transmitió respecto a la península Ibérica hay que destacar, en primer lugar, la ausencia de un lógos occidental en su obra,²² lo cual puede explicarse tanto por la falta de interés del propio Heródoto hacia unas regiones que todavía eran poco conocidas por los griegos como por la evidencia de que el objeto de su atención estaba más bien enfocado hacia los pueblos situados al oriente de Grecia y, en especial, al Imperio Persa, cuyo enfrentamiento con los griegos constituye el eje que vertebraba toda la obra de este autor.²³

Aún así, en la Historia se encuentran algunas referencias a la península, entre las que destacan el relato del viaje de Coleo de Samos y la afectuosa acogida que brindó Argantonio, monarca del meridional reino de Tartessos, a los navegantes focenses.²⁴

Antes de pasar a analizar el significado de dichos pasajes, habría que valorar en su justa medida el hecho de que en Heródoto la península Ibérica se nos presenta como un ámbito „real“ y no mitificado, en el que destaca la entidad política de Tartessos, bajo el

²¹ Pínd. *P. X.* 37—44: *Μοῖρα δ' οὐκ ἀνομάηται/τρίποιος ἐστὶ σφετέρησιν· κενετῆ δὲ γοροῖ παρθέων/Ἀυγὸν τε βιοτὶ κενετῆι τ' αὐτῶν δονέοντα/δῆμῳ τε χριστοῖ κήρυξ ἀναδύσσωντες εὐκάρησ' ὄσον ἐπιπόνοσ;/ νόστοι δ' οὐτὲ γήροσ οὐλόηον κέποιται/ἐπὶ γένει· πόνοσ δὲ καὶ μάχῃσ ἵστασι φοβέοντες/ἀντέροβρον Νέλαισιν, φαστικὴ δὲ πύξων καρδίη.* Acerca del significado de esta obra, que fue el primer epinicio compuesto por el autor: R. W. B. Burton, *Pindar's Pythian Odes: Essays in Interpretation*, Oxford 1962, 1—14; A. Köhnen, *Die Funktion des Mythos bei Pindar*, Berlin/Nueva York 1971, 154—187; C. O. Pavese, *La decima e la undecima Pitica di Pindaro*, en: L. A. Stella (ed.), *Studi tresistentini di antichità in onore di Luigia Achilla Stella*, Trieste 1975, 235—243; Péron (n. 9) 44—48, recogió interesantes apreciaciones, aunque el comentario más completo nos parece el de B. Gentili/P. Angeli Bernardini/E. Ginzano/P. Giannini, *Pindaro. Le Pitiche*, Milán ²⁰⁰⁰, xxviii—xxxv, 263—269 y 621—646.

²² G. Nenci, *L'Occidente barbarico*, en: O. Reverdin/B. Grange (eds.), *Hérodote et les peuples non grecs*, (Études 35), Vandoeuvres-Ginebra 1990, 301—321.

²³ F. Prohnter, *Sobre la delimitación de Asia en la geografía helénica*, en: A. Pérez Jiménez/G. Cruz Andreotti (eds.), *Los límites de la Tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid 1998, 77—105.

²⁴ Hdt. *I.* 162, para la acogida que Argantonio dispensó a los focenses y Hdt. *IV.* 152, cuando la aventura protagonizada por Coleo. Otras alusiones a la península o a sus habitantes aparecen en Hdt. *II.* 33; *IV.* 8, 49, 192 y *VII.* 165—166. De ellas, son especialmente interesantes la primera y la tercera, ya que en las mismas, el de Halicarnaso afirmó que el Istro o Danubio — que divide el continente europeo en dos mitades — tenía su origen en el país de los celtas, quienes a su vez, se hallaban asentados más allá de las Columnas de Heracles y confinaban al oeste con los Kuvhetai o Kuvhetae que, por tanto, no eran de estirpe céltica y habitaban la región más occidental de Europa; W. W. How/J. Wells, *A commentary on Herodotus I*, Oxford ¹⁹¹⁹, 178; A. B. Lloyd, *Herodotus*, Book II, *Commentary 1—98*, Leiden 1976, 140 y 141. Esos cincos o cienes referidos por Heródoto, basándose sin duda en noticias procedentes de marinos focenses, fueron mencionados asimismo en Rufo Festo Aviieno, *Periplo*, vv. 201, 205 y 223, quien los ubicó en el actual Algarve portugués, entre el cabo de San Vicente y el río Guadiana. A su vez, los celtas asentados más allá de las Columnas deben de tratarse de los cempsos, que también aparecen en el *Periplo*, vv. 195, 200, 257 y 301, localizados en la vecindad de los cineses; A. Tovar, *El nombre de celtas en Hispania*, *Revista de la Universidad Complutense* 26, 1977, 166 y 167; F. J. Lomas Salomón, *Historia de España Antigua I*, Prothistoria, Madrid 1980, 53—57 y 78; J. Ribeiro Ferreira, *Ora Marítima*, Aviieno, *Combra* ¹⁹⁹², 47—51 y 65; F. J. González Ponce, *Avieno y el Periplo*, *Edia* 1995, *Avieno*, es partidario de rechazar la propuesta realizada por Schulten de considerar como única base de la obra un *Paleoperiplo* del siglo VI a. C.

poder de un βασιλεύς decidido a favorecer el comercio atrayendo a los marineros procedentes del extranjero.

Esto ya supone un importante paso adelante en comparación, sin ir más lejos, con la visión que se desprende de Píndaro respecto a la zona de las Columnas de Heracles, envueltas en una bruma cargada de misterio y desconocimiento.

Seguramente habría que valorar la figura de Hecateo de Mileto como un escalón intermedio entre los dos autores estudiados en este trabajo; por los fragmentos que nos han llegado precedentes de la obra del logógrafo jonio a través, fundamentalmente, del Léxico de Esteban de Bizancio así como de otros autores de la Antigüedad, sabemos que en su Periégesis hizo diversas referencias a los pueblos que habitaban en la península, además de ofrecer el listado de una serie de ciudades que jalonaban su territorio.²⁵

En los pasajes que Heródoto dedica a Iberia no aparece una sola mención al propio Hecateo ni a ninguna de sus obras, lo cual tampoco debe ser motivo de extrañeza sobre todo si tenemos en cuenta la manera de actuar del autor de Halicarnaso y la ironía con la que se había referido a la figura de Hecateo como antecesor suyo en la tarea de describir países, pueblos y costumbres.²⁶

A pesar de tales reticencias, se debe tener muy en cuenta el avance que supuso la Periégesis hecateica para dotar de una geografía „real“ y verosímil a unas regiones que, como hemos dicho anteriormente, aún se encontraban revestidas de unas características plagadas de temores atávicos.

Comenzando con la historia de Coleo de Samos,²⁷ hay que tener presente, en primer lugar, el hecho de que no constituye una referencia aislada dentro de la Historia de Heródoto; muy al contrario, la misma se encuentra dentro del episodio de la colonización de Cirene por los tereos.²⁸ Mientras vamos conociendo los avatares de tal acontecimiento, Heródoto se encarga de subir a escena la figura de Coleo, quien marchaba con su nave a comerciar a Egipto y se vio, de repente, arrastrado por los vientos hasta más allá de las Columnas de Heracles.

Nos encontramos, sin duda, ante uno de los más consumados ejemplos del tópos literario del barco desviado de su ruta por la fuerza del viento hasta llegar a unas regiones extremas y desconocidas hasta entonces a las cuales no sería posible acceder si no hubiese mediado la intervención divina materializada en el envío de esos vientos tan potentes e inusuales.²⁹

²⁵ Citas recogidas por F. Jacoby en FGHT I F38—52. Sobre las mismas, véase el comentario de P. Ciprés/G. Cruz Andreotti, *El diseño de un espacio político: el ejemplo de la Península Ibérica*, en: Pérez Jiménez/Cruz Andreotti (n. 23) 119—121.

²⁶ Al respecto, S. West, *Herodotus' Portrait of Hecataeus*, JHS 111, 1991, 141—160 y R. Thomas, *Herodotus in Context. Ethnography, Science and the Art of Persuasion*, Cambridge 2000, 219. Aunque la opinión tradicional mantenía que Heródoto había recurrido como fuente principal para sus excursus geográficos a la obra de Hecateo, H. Diels, *Herodotus und Hekataios*, Hermes 22, 1887, 411—444; F. Jacoby, s. v. Hekataios von Milet, en: RE VII.2, 2684—2686 y 2698; K. E. Müller, *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung I*, Wiesbaden 1972, 98; 99; 126 y 127, algunos estudiosos modernos han puesto en tela de juicio dicha dependencia. H. Erbsé, *Studien zum Verständnis Herodots*, Berlin/Nueva York 1992, 172 y 173; Thomas, *ibid.* 53 n. 53.

²⁷ *Contentida*, como se ha dicho anteriormente, en Hdt. IV, 152.

²⁸ García y Bellido (n. 1) 116—124; J. Malouguer de Mores, *Tartessos*, Barcelona 1975, 84—90 — quien llegó a fechar el pretendido viaje de Coleo entre los años 630 y 620 a. C.; F. J. Gómez Espelosin, *Heródoto, Coleo y la historia de la España antigua*, Polis 5, 1993, 151—162.

²⁹ Sobre esta cuestión, V. Cristóbal López, *Tempestades épicas*, CIE 14, 1988, 125—148; M. Labate, *Intianzava individual e nella colonizzazione greca come topos narrativo*, ANSP ser. III 2.1, 1972, 91—104.

En este caso Heródoto se sirvió de un recurso bien conocido en la literatura épica griega para dar a entender la naturaleza casi heroica del viaje de Coleo, al igual que para poner de manifiesto que el antiguo carácter mítico y lejano del área de las Columnas y de Tartessos no había desaparecido por completo.³⁰ Por lo demás, el otro elemento destacable dentro de esta historia es el constituido por las extraordinarias riquezas obtenidas por los samios en su comercio con el sur de la península Ibérica, únicamente superadas por las que consiguió Sóstrato de Egina.³¹ Dichos beneficios excesivos constituyen, precisamente, otro tópico en la obra de Heródoto, ya que consideraba que en las diversas zonas limítrofes de la eumene abundaban las riquezas y, en particular, los metales preciosos.³²

La otra mención de entidad llevada a cabo por el de Halicarnaso acerca de la península recogió, asimismo, esa idea de abundancia típica de las zonas extremas³³ pero, además, incluyó la primera mención que tenemos sobre la onomástica de un habitante de Iberia, siempre y cuando quede excluido el monstruoso Gertón, tal y como recordamos al comienzo del artículo.

El novedoso personaje se llamaba Argantonio³⁴ y Heródoto escribió de él que era βασιλεύς τῶν Ταρτησίων, vivió ciento veinte años, de los que reinó ochenta³⁵ y acogió amistosamente a los focenses que llegaron a las costas de Tartessos.

³⁰ Basta con recordar las versiones que recogieron el episodio de la copa que le proporcionó Helios al mismísimo Heracles para poder llegar a Eritia y sustrarle a Gertón sus baños; curiosamente, fue el tío de Heródoto, Panais de Halicarnaso, uno de los poetas que transmitió ese dato en su fr. 7 = Athen. XI, 469d y Maer. Sat. V, 21; además, Pisandro fr. 5.

³¹ Tal y como dice Gómez Espelosin (n. 28) 159, Heródoto hizo mención a este personaje, quien debió ser bastante conocido en su momento por los beneficios que obtuvo del comercio con los etruscos a fin de establecer un paralelismo con un ejemplo real, lo que conluciría a crear en la historicidad de Coleo de Samos y su increíble empresa. C. Tronchetti, *Una precisazione su Sosstrato ed Erodotio*, IV, 152, pp. 30, 1975, 366—368.

³² Ese es el objeto de la famosa digresión contenida en Hdt. III, 116, así como en los capítulos anteriores dedicados a la India, a Arabia y a Etiopía. Romm (n. 5) 38—41.

³³ Hdt. I, 163.

³⁴ Este nombre está claramente relacionado con la raíz indoeuropea arg- „brillante“, „blanquecino“ y el grupo consonántico -nt- con el significado „plata“ es propio del itálico — en latín, argentum — y del céltico. Precisamente en céltico abundaron los nombres propios con vocalismo -ent- y -ant-, este último predominaba en las lenguas célticas actuales y en los nombres galos. Por último, Argantonius podría ser una derivación patronímica del nombre Argant, hallado, entre otros lugares, en una inscripción de Riba de Saclies, provincia de Guadalajara, según atestiguo F. Fira, *Nuevas inscripciones romanas de Alentisque y Riba de Saclies en la diócesis de Sigüenza*, BAHist 68, 1916, 411—417; véanse también los demás testimonios epigráficos recogidos por J. M. Abascal Palazón, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia 1994, 285; H. Pedersen, *Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen II*, Göttingen 1976 (= 1909), 56—59; M. Palomar Lapasa, *La onomástica personal prerlatina de la antigua Lusitania*, Salamanca 1957, 40 y 41; J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch I*, Berna 1959, 64 y 65; H. Lewis/H. Pedersen, *A Concise Comparative Celtic Grammar*, Göttingen 1974, 33. Como es lógico pensar, los anteriores elementos de juicio vendrían a recalcar la idea de riqueza presente en el reino de Tartessos, al tiempo que permiten rechazar la hipótesis expresada por Schulten (n. 7) 32, 37, 94 y 95, en el sentido de que el nombre „Argantonio“ sería la forma griega del nombre etrusco „aranti“, hemos de recordar que el sabio alemán consideró seriamente la existencia de una colonización protoetrusca en la península Ibérica, una idea que hoy en día no puede ser tomada en serio, a pesar de los numerosos restos arqueológicos que demuestran una fluida relación comercial entre Iberia y Etruria.

³⁵ Anteriormente, el poeta Anacreonte de Teos, contemporáneo de Hecateo de Mileto, había rechazado en fr. 16 Page = Strab. III, 2, 14 la idea de tener cien años en Tartessos; si bien, como señaló J. de Hoz, *Las fuentes escritas sobre Tartessos*, en: Aubert (n. 7) 28, se trata de un tópico literario que tiene antecedentes en la obra de Arquilocho fr. 19 West.

Estamos, de nuevo, ante un personaje de leyenda, propio de una utópica edad de oro, que destacaba debido a su longevidad y la bondad de su reinado,³⁶ algo así como una imagen aggrorata del héroe Alcinoo, rey de los feacios, que acogió con generosidad en su casa al náutrago Odiseo e incluso le concedió la mano de su hija Nausícaa.³⁷

En este sentido, Heródoto construye el personaje de Argantonio atendiendo, como era de esperar, a la propia tradición griega que versaba sobre aquellos reyes que gobernaban rectamente unos países lejanos y hospedaban con distinción y deferencia a los viajeros helenos que arribaban a sus costas acuciados por los problemas.³⁸

Argantonio, en consonancia con el papel que le había otorgado Heródoto, trabó amistad rápidamente con los focenses, favoreció sus relaciones comerciales con Tartessos e incluso llegó a proponerles su asentamiento en la zona que prefiriesen dentro de su reino, hecho que constituye un ejemplo supremo del sentido hospitalario con que fue trazada la personalidad de este monarca.

El rey tartésico recibió, como era de esperar, la respuesta negativa de los focenses pero, no obstante, éstos aceptaron su dinero para construir en su ciudad de origen unas murallas con las que defenderse del avance de los persas quienes, comandados por su soberano Ciro el Grande, se habían convertido en la potencia hegemónica en Asia Menor tras la toma de la capital del reino de Lidia, Sardes.³⁹

Dentro de todo este episodio que narra la relación entre Argantonio y los focenses, conviene destacar las pinceladas de carácter idealizador con que fue revestido el monarca tartésico, lo cual no debe extrañar demasiado puesto que, como sabemos, Heródoto no poseía grandes conocimientos sobre el extremo occidental de Europa ni tampoco era ésta una región que le mereciese una atención especial a fin de cumplir sus objetivos ideológicos y literarios. Por tanto, el historiador de Halicarnaso se abstuvo de buscar los informantes adecuados que le hubiesen proporcionado los datos necesarios para elaborar un relato etnográfico de la zona occidental del Mediterráneo.⁴⁰

³⁶ Argantonio tenía una edad, ciento veinte años, que curiosamente coincide con la cifra que, según Hdt. III, 23, el rey de los etíopes comunicó a los icitíofagos enviados por Cambises era alcanzada por la mayor parte de sus súbditos e incluso superada por algunos, lo que indica de manera verosímil que tal cifra consistía en otro lugar común empleado por Heródoto para señalar la extraordinaria longevidad de las gentes que vivían en las zonas más remotas de la ecumene. A lo anterior debemos añadir la circunstancia de que la pretendida edad de Argantonio es exactamente la misma que abarcarían tres generaciones de cuarenta años, precisamente el cómputo empleado por fenicios y cartagineses.

³⁷ Hom. Od. VI, 12. En esta cuestión hemos coincidido con la hipótesis que plantearon de manera consecutiva, A. Brausing, *Die Lösung des Trierenrätsels. Die Irrfahrten des Odysseus*, Bremen 1889, 54; R. Hennig, *Von färschelten Ländern. Versunkene Stätten der Geschichte*, München 1925, 47–64; Schulen (n. 7) 181–183.

³⁸ Aún siendo un personaje legendario, tal y como se desprende de los testimonios que estamos aduciendo, hubo grandes investigadores que llegaron incluso a proponer una cronología acerca del reinado de Argantonio, como Hennig (n. 7) 23; Schulen (n. 7) 94; García y Bellido (n. 1) 128–129.

³⁹ Aquí, Heródoto unió el retrato de la figura benevola e incluso paternal de Argantonio con la explicación de la construcción de las murallas de Focia dando lugar, como se desprende de la lectura del pasaje, a un relato etológico de la defensa de la ciudad jonia, lo cual resultaba muy apropiado dentro del contexto literario en el que se enmarca la referencia a las amistosas relaciones entre Argantonio y los focenses, un contexto que no es otro sino la emigración de estos últimos a Córcoga, debido al avance persa en Asia Menor y la consecuencia de todo ello, esto es, la derrota focense en Alalia ante la coalición etrusco-cartaginesa, que supuso la apertura de otro frente activo contra los griegos, en este caso en el Mediterráneo central.

⁴⁰ Aunque quizás pudo haber conocido el nombre del rey tartésico a través de diversos relatos y leyendas transmitidas por manuscritos que también habían dejado su impronta en la famosa ciza de Anacreonte recogida por Estrabón varios siglos después. En este sentido, podemos afirmar que la figura de Argantonio encontró un fácil acomodo dentro del contexto geográfico y legendario en el que había quedado enmarcado el exótico reino de Tartessos.

En este punto encontramos, curiosamente, otra de las muchas contradicciones que jalonan la obra de Heródoto, puesto que nuestro autor sí se preocupó de recabar información respecto de los hiperbóreos al mencionar su conocimiento sobre la figura de Aristeas de Proconeso,⁴¹ un poeta cuya existencia transcurrió entre la realidad y la leyenda y que escribió una obra llamada *Cantos Arimaspeos* — Ἀριμασπείων ἔπη —, de la que tan sólo nos han llegado unos fragmentos.⁴²

El rasgo que más llama la atención dentro de la personalidad de Aristeas — en caso de aceptar la veracidad de aquellos aspectos menos fantásticos dentro de la semblanza que Heródoto nos dio de él —, consiste en que viajó hacia las regiones que se hallaban al norte del mar Negro bajo los efectos de la posesión del dios Apolo. En este sentido, no podemos olvidar que el fabuloso pueblo de los hiperbóreos era el favorito de dicha divinidad, tal y como queda suficientemente claro a través de diversos testimonios literarios.⁴³

Junto a lo anterior, encontramos en el relato de Aristeas un elemento que lo asimila más que sospechosamente a la historia de Coleo de Samos: Aristeas consiguió llegar a los confines septentrionales de la ecumene gracias al mencionado estado de abducción que le había brindado Apolo⁴⁴ y deberíamos pensar que, en caso de no haber sido así, no hubiera alcanzado el territorio de los isedones,⁴⁵ al igual que Coleo no hubiese podido arribar a las costas de Tartessos, más allá de las Columnas de Heracles, si su nave no hubiese sido empujada por los fortísimos vientos de levante enviados por la divinidad.

De este modo, en la obra de Heródoto se encuentra un elemento similar para explicar el conocimiento que tuvieron los griegos acerca de las regiones más remotas de Europa; igualmente, el tópico ya analizado referente a las exageradas riquezas que se podían extraer de los confines del mundo habitado también se halla presente en el relato de Aristeas puesto que Heródoto se hizo eco en varias ocasiones del motivo de la custodia que

⁴¹ Hdt. IV, 13–15.

⁴² Se encuentran recogidos en J. D. P. Bolton, *Aristeas of Proconesus*, Oxford 1962, 207–214.

⁴³ Además de las menciones ya comentadas en la primera parte del artículo, Pind. *Paeanes* VIII = fr. 52i; Bakchyl. *Epinicia* III, 57–62 y la denominada ‘saga delia’ de Hdt. IV, 33–35, en la cual se describe la ofrenda que los hiperbóreos hacían llegar a la isla de Delos — tierra natal de Apolo y Artemis — a través de diversos intermediarios.

⁴⁴ Tal y como aprecia F. J. Gómez Espelósin, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid 2000, 117. Además, E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, Berkeley 1951, 141.

⁴⁵ Según la versión de Hdt. IV, 13 y 16, los isedones eran un pueblo ‘jeal’ al que efectivamente llegó Aristeas en su viaje y de los cuales obtuvo la información que incluyó en sus *Cantos Arimaspeos* sobre los amantopos, grifos e hiperbóreos. La técnica de Aristeas consistía en hacer creer a sus lectores que había llegado hasta las regiones que ocupaba un pueblo muy alejado de las colonias griegas del mar Negro — los isedones, precisamente — quienes, a su vez, le ofrecieron diversos datos sobre los pueblos que se encontraban al norte de ellos, con lo que Aristeas conseguía evitar una implicación directa en cuanto a la veracidad del contenido de su poema, descargando tal responsabilidad en sus informadores. Esta ingeniosa estratagemática se encuentra explicada en Gómez Espelósin (n. 44) 115–124. Algo muy similar es expresado en Heródoto III, 20–24, cuando señala que Cambises, nuevo dueño de Egipto, se valió de la misión exploratoria de los icitíofagos — otro pueblo fabuloso — como intermediarios suyos ante el rey de los etíopes, pueblo que, a su vez, ocupaba desde los poemas homéricos otro de los confines de la ecumene, hecho que en la tradición etnográfica griega suponía que no podía ser visitado por los simples mortales, tal y como intentó reflejar Heródoto en III, 25, al narrar el fracaso de la expedición enviada por Cambises, cuyas tropas llegaron a practicar la antropofagia debido a la falta de víveres existente en el desierto que separaba Egipto de Etiopía.

llevaran a cabo los griegos del oro que abundaba por aquellas tierras así como de la lucha que se entablaba entre los mismos y los arimaspos por su posesión.⁴⁶

Un último elemento presente en los paisajes que Heródoto dedicó a la delineación de ambos límites de Europa consiste en la bondad de carácter que presentaban tanto los hiperbóreos como los tartésicos sobre todo en la relación que mantenían con los griegos.

Comenzando con los primeros, en la Historia podemos encontrar dos menciones a su carácter pacífico y civilizado; una de las mismas hay que atribuirla al propio Aristas de Proconeso y consiste en una curiosa concatenación de invasiones de unos pueblos con otros, comenzando por los arimaspos y culminando con la expulsión de los cimérios de las orillas del mar Negro a manos de los escitas.⁴⁷

A propósito de esta inusitada actividad bélica protagonizada por los diversos pueblos que habitaban en las regiones nororientales del continente europeo, Heródoto excluye de manera expresa a los hiperbóreos siguiendo, como acabamos de comentar, la obra de Aristas. Este hecho se encuentra fuera de toda duda puesto que tal relato constituye la explicación que ofreció el poeta de Proconeso a un acontecimiento histórico ocurrido durante la segunda mitad del siglo VIII a. C.: la invasión de Asia Menor por parte de los cimérios se debería, por tanto, a la súbita presión ejercida por unos pueblos sobre otros, lo que les habría obligado a abandonar el territorio de la zona septentrional del mar Negro en busca de nuevas tierras donde asentarse.

Heródoto, por su parte, suscribió una versión diferente acerca de la etimología de la presencia ciméria en Jonia; dicho relato se encuentra en su Historia justo delante del testimonio de Aristas y en el mismo, el historiador de Halicarnaso asegura que tanto griegos como escitas le informaron de que estos últimos habían desalojado a los cimérios debido a la presión que sobre ellos ejercían los maságetas, un pueblo „real“ de origen iranio.⁴⁸

Sea como fuere, lo que más nos interesa en este momento dentro del relato de Aristas que recogió Heródoto es el carácter pacífico atribuido a los hiperbóreos, que mantuvieron una actitud de neutralidad frente a las hostilidades consecutivamente emprendidas por el resto de pueblos nórdicos, los cuales — según la versión de Aristas — habrían actuado de tal manera impulsados por la necesidad de alcanzar las zonas templadas del mar Negro y del Mediterráneo, que gozaban de la eukrasia o moderación climática.⁴⁹

⁴⁶ Hdt. III, 116, donde además muestra su escepticismo ante la existencia de unos seres como los arimaspos, que tenían un solo ojo, si bien a continuación admite que en las zonas más remotas del mundo puede suceder todo tipo de acontecimientos sorprendentes. Hay otras referencias en Hdt. IV, 13 y 27.

Por otro lado, los griegos constituían un motivo bastante frecuente en el arte del Asia central, aunque también habían hallado acomodo dentro de la amplia y variada galería de representaciones monstruosas del arte griego. B. Luiselli, *Storia culturale dei rapporti tra mondo romano e mondo germanico*, Roma 1992, 49.

⁴⁷ Este relato se encuentra en Hdt. IV, 13.

⁴⁸ Este testimonio fue recogido en Hdt. IV, 12.

⁴⁹ Romm (n. 5) 64–67, es quien ofrece tal explicación, no del todo desarrollada si tenemos en cuenta que el propio Heródoto en I, 142, también se hizo eco de ese debate geográfico y etnográfico al considerar a Jonia como la región que gozaba del mejor clima y, por tanto, más favorable al desarrollo de la civilización. Igualmente, el tratado *Sobre aires, aguas y lugares* 13 y 15–21, recogió la misma idea expresada por Aristas y Heródoto.

En el pensamiento griego de los siglos VI y V a. C. hubo unos interesantes debates acerca de la eukrasia como elemento caracterizador de los helénicos frente al resto de los pueblos, los „barbaros“, quienes gozaban de un clima excesivo, bien por el frío, o bien por el calor restante según la zona que habitasen.

Dentro de este esquema bélico, Aristas dejaba aparte a los hiperbóreos puesto que, en su opinión, dicho pueblo gozaba de unas condiciones ideales de vida; una situación que comprendía, entre otras muchas cuestiones, el hecho de que disfrutasen de un clima tan idóneo que les evitase un desplazamiento hacia el sur en busca de unas condiciones de vida más favorables.

En la obra de Heródoto contamos, además, con otro testimonio que vuelve a incidir en el carácter pacífico y piadoso de los hiperbóreos. El mismo se encuentra contenido dentro de la denominada „saga delia“,⁵⁰ a la que, por cierto, el de Halicarnaso sí consideró verosímil puesto que le debió ser referida personalmente en la isla de Delos, en contraposición al poema de Aristas que, para Heródoto, no representaba una fuente del todo fidedigna, aunque lo incluyó dentro de su Historia, tal y como era su peculiar sistema de trabajo e investigación.

Esa „saga delia“ contiene fundamentalmente el relato que versa sobre las ofensas embalsadas en paja de trigo que los hiperbóreos hacían llegar a Delos valiéndose de la intermediación de diversos pueblos, entre ellos los escitas.⁵¹

Asimismo, Heródoto dice que con anterioridad al establecimiento de tal conexión a distancia, hubo dos jóvenes hiperbóreos, llamadas Arge y Opis,⁵² que habrían acompañado a las diosas Leto e Ilitia;⁵³ es decir, dichas doncellas, que según Heródoto recibían cierto culto por parte de los delios, constituían un buen ejemplo de la profunda piedad que movía a los hiperbóreos hacia Apolo y Ártemis, ya que enviaron dos muchachas para acompañar en el parto a su madre, Leto.

En el caso de los tartésicos, Heródoto también puso de manifiesto algunos claros indicios acerca de su bondad y de un fuerte sentido de la hospitalidad sobre todo al trazar la figura de su rey Argantonio quien, en un primer momento, animó a los focenses a abandonar Jonia y a asentarse dentro de sus dominios, a la manera del homérico Alcínoo; posteriormente, viendo que no se dejaban convencer, les dio dinero para amurallar su ciudad frente al avance de los persas.⁵⁴

Igualmente, debemos suponer que Coleo recibió una buena acogida por parte de los habitantes de Tartessos, ya que después de llegar al sur de la península Ibérica arrastrado por los vientos, tal y como hemos visto, obtuvo unos beneficios únicamente inferiores a los de Sóstrato de Egipto; lógicamente, este extraordinario acontecimiento sólo puede ser explicado si se tiene en cuenta el talante hospitalario con que lo acogieron los tartésicos, favoreciendo sus actividades comerciales con ellos y, por último, dejándole marchar libremente hacia Samos al concluir su estancia en la península.⁵⁵

De esta manera, se puede apreciar cómo Heródoto también aplicó al pueblo de Tartessos las características de apertura y buena acogida hacia todo lo griego, prestando su ayuda a todos aquellos que lograban arribar a sus tierras. Todo ello de manera similar al comportamiento que exhibirían los habitantes de un supuesto país que viviera en la mitica Edad de Oro.

⁵⁰ Contada en Hdt. IV, 33–35.

⁵¹ Numerosos autores han relacionado el itinerario seguido por las ofensas supuestamente enviadas por los hiperbóreos con el de la „ruta del ámbar“, si bien no hay que olvidar que la tradición griega señalaba que dicha sustancia procedía del río Eridano, no del país de los hiperbóreos. G. Bianucci, *La via iperborica*, RIFC 101, 1973, 207–220; R. Dion, *La notion d'Hyperboréens*. Ses vicissitudes au cours de l'Antiquité, BACB 2, 1976, 143–157; Luiselli (n. 46) 28–29.

⁵² Dos nombres que corresponden a sendos epítetos de Ártemis.

⁵³ Una divinidad muy antigua dentro del panteón griego que ayudaba a las mujeres que iban a dar a luz.

⁵⁴ Hdt. I, 163.

⁵⁵ Hdt. IV, 152.

Resumen

Este artículo trata acerca de la imagen literaria que Píndaro y Heródoto ofrecieron sobre las tierras de la península Ibérica y del fabuloso país de los hiperbóreos. En el caso del primer autor, se encuentran algunas referencias a las Columnas de Heracles y a la ciudad de Cádiz que no deben ser entendidas de una manera puramente geográfica, sino simbólica, a modo de advertencia a propósito de los extremos del mundo conocido. Asimismo, su descripción del idealizado lugar donde vivían los hiperbóreos conforma un espacio puramente mítico, donde el dios Apolo estaba presente durante una parte del año y en el que se disfrutaba de una plácida existencia.

En la obra de Heródoto aparecen otros datos sobre la península Ibérica, en concreto, sobre el legendario reino de Tartesos, plagado de riquezas, mientras que sus relatos sobre los hiperbóreos vuelven a incidir en los aspectos más tradicionales con respecto a este idílico pueblo.

Summary

This paper deals with the literary image that Pindar and Herodotus offer about the lands of the Iberian Peninsula and the fabulous country of the Hyperboreans. The former gives some references about the Pillars of Heracles and the city of Cadiz. These references should not be understood in a purely geographical way, but in a symbolical one. They constitute a warning about the borders of the known world.

In the same way, his description of the idealized place inhabited by the Hyperboreans shapes a totally mythical space, in which the god Apollo used to spend part of the year and its dwellers enjoyed a placid existence.

Herodotus' writings provide different data on the Iberian Peninsula, above all about the legendary and wealthy kingdom of Tartessos. Meanwhile his tales on the Hyperboreans repeat again the most usual aspects about the life and habits of this imaginary people.